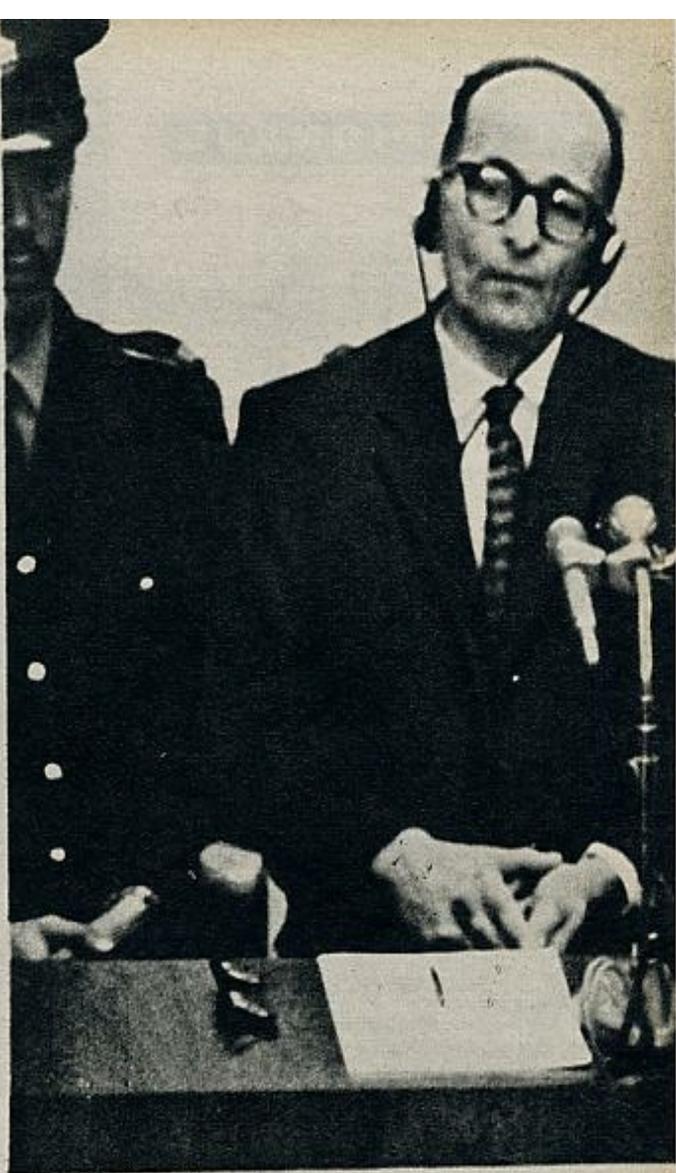


EL ESPIONAJE, INDUSTRIA DE PRECISION

(FINAL)



Adolf Eichman, el hombre de la «solución final», el que había pretendido «poder morir con la sonrisa en los labios pensando en los cinco millones de judíos exterminados», fue «cazado» finalmente por los servicios secretos israelíes. Juzgado por un tribunal especial, fue condenado a muerte.



EICHMAN

LA BUSCA DEL GENOCIDA NAZI ES LA HISTORIA MAS FABULOSA DE LA POSGUERRA

SIGUE

EL SHIN BET ISRAELI: UNA MAQUINA PERFECTA



El coronel soviético Rudolf Abel. Oficialmente era, en los Estados Unidos, el fotógrafo Goffus, especializado en «bodas y bautizos», pero su verdadero papel fue muy diferente: el de «comandante-residente» del espionaje soviético en América.

NO siempre el ser diplomático ayuda a quienes se dedican al «oficio» del espionaje. Junto a las innegables ventajas —la relativa inmunidad, sobre todo— que han quedado expuestas en capítulos anteriores, existen una serie de inconvenientes: empezando por la menor libertad de movimientos de que goza el agente diplomático doblado de espía en relación al agente profesional que dispone de una buena «tapadera». Estos, en la Unión Soviética, dependen del *Innostrenny Otdyel*, el IO, equivalente a la CIA americana, aunque de proporciones más reducidas.

El jefe del IO, que se encuentra situado a la sombra del Kremlin, en la plaza Kalyayev, es el general Panyatsin. El más célebre de sus agentes fue el coronel Abel. Después de entrar en Estados Unidos con un pasaporte falso, este hombre, pequeño y de aspecto insignificante, se instaló, en 1948, en un modesto edificio de Brooklyn, donde vivía de la explotación de un pequeño estudio de fotógrafo. Oficialmente era Emil Goffus, especializado en «bodas y bautizos» y en entregas de diplomas universitarios. Pero por debajo de estas apariencias, dirigía un importante tráfico clandestino. En realidad, era uno de los más fundamentales puntales del espionaje soviético, el «comandante-residente» del espionaje ruso en América, el corresponsal directo del general Krouglov, que había reemplazado a Beria a la cabeza del MVD. Detenido en 1957 y condenado a quince años de prisión, Abel fue canjeado finalmente, en 1962, por Powers, el piloto del «U-2» abatido sobre la URSS.

Para penetrar en Estados Unidos, Abel había recurrido a la ofi-

cina de transporte del IO, que se ocupa de los desplazamientos de todos sus agentes y colabora con el *Tayny Otdyel*, el departamento que fabrica los pasaportes falsos, los equipos necesarios y los oficios de cobertura.

En el piso de arriba, la sección de transmisiones, que capta emisiones del mundo entero, trabaja. La sección de aprendizaje supervisa las escuelas de espionaje. De entre los jóvenes que son entrenados para estas misiones, los mejores pasan una temporada en una ciudad «americana», que reproduce con todo detalle usos y costumbres de las verdaderas ciudades estadounidenses, y en la que no se pronuncia una palabra que no sea del más puro «slang». Así aprenden a estar en los Estados Unidos como en su propia casa y se convierten en ese «americano medio» que no se salta los semáforos, respeta la ley y nunca es interrogado por la policía... Pero volvamos a los casos concretos de agentes secretos, que puedan ayudarnos a revelar el intrincado funcionamiento internacional de esta industria de precisión.

Norman Rickard era, lo mismo que Vassel, funcionario del Almirantazgo. El 15 de febrero de 1962, la policía, que le buscaba desde su desaparición tres días antes, encontró su cuerpo, enteramente desnudo y con las manos atadas a la espalda, en el guardarropa de su apartamento londinense de Elgin Avenue. Había sido estrangulado con el cordón de su bata. Durante algún tiempo, la investigación marchó a trancas y barrancas, hasta acabar en la conclusión de que se trataba del clásico crimen sádico. Pero el servicio inglés de contraespionaje no quedó satisfecho de esta explicación. Tres meses antes de su muerte, Norman Ri-

ckard había aceptado trabajar para el servicio de seguridad del Almirantazgo; su misión consistía en descubrir cuáles de sus compañeros de los Ministerios tenían «costumbres particulares». Debía trabar amistad con ellos y determinar si constituían un peligro grave para la seguridad del Estado, en el caso de ser susceptibles de sucumbir a las tentaciones de los chantajistas de potencias enemigas. El *Intelligence Service* sabía que Rickard había logrado inmiscuirse en los asuntos privados de Vassel y que fue en el momento en que iba a entregar un informe sobre él cuando le asesinaron. La conclusión se imponía: Rickard, desenmascarado, había sido suprimido.

EL BELLO OLEG PENKOWSKY

Los SR —servicios secretos— británicos y americanos han registrado en estos últimos tiempos tres éxitos considerables. En los primeros días de 1962, un agregado-espía de Embajada, Anatoly Dolnitsine, tomó contacto con el embajador americano de la ciudad occidental donde entonces se encontraba. Se sentía amenazado, dijo. Llevado a Washington con todo sigilo, fue interrogado durante seis meses por los agentes de la CIA; a continuación fue trasladado a Inglaterra, donde vive actualmente, después de haber contado de nuevo al *Intelligence Service* todo lo que sabía. Y sabía mucho. Dio un verdadero tesoro de informaciones concernientes a los servicios secretos soviéticos y a sus ramificaciones en el Oeste.

Nosenko, mitad diplomático mitad agente secreto, abandonó a sus colegas en la conferencia del de-

sarme de Ginebra a principios de 1964, informando a la CIA de cuanto sabía sobre la organización y proyectos de su país.

Pero el asunto más notable de estos últimos años fue el caso Penkowsky, quien fue condenado a muerte y ejecutado en mayo de 1963. Al mismo tiempo que él fue condenado a ocho meses de prisión un hombre de negocios inglés, Greville Wyne, que había sido su «contacto» occidental en Moscú. Oleg Penkowsky formaba parte de la «élite» política y militar de Moscú. De cuarenta y tres años, bien parecido y con una despejada frente de intelectual, tenía un expediente magnífico. Era un héroe de la última guerra y coronel de carros de combate a los 26 años. Al llegar la desmovilización, se le encargó de misiones de confianza: fue enviado a los servicios de información militar de la U.R.S.S....

En 1956 era agregado militar en Ankara. Unos años más tarde se encontró nombrado vicepresidente de la Sección Extranjera del Comité de Estado para la coordinación de la investigación científica, lo que era un modo de decir que dirigía el servicio encargado de obtener información sobre las técnicas secretas de Occidente. Penkowsky, por su oficio, viajaba mucho: Londres, París, etc... Durante uno de estos viajes fue cuando se dejó reclutar por aquellos mismos a quienes tenía por misión espiar. Proporcionó a los agentes occidentales informaciones superconfidenciales sobre los cohetes soviéticos, las defensas antiáreas de la U.R.S.S., el dispositivo militar de Alemania del Este, las intenciones del Kremlin en lo concerniente al problema de Berlín y las dos Alemanias...

Penkowsky obtenía todas estas preciosas informaciones de amigos

bien situados, «culpables de haberle abierto los expedientes más secretos por ligereza y falta de vigilancia». Estas palabras son del fiscal, que había precisado: «Ahora pagan su desprecupación y su charlatanería». Sin que se pueda asegurar nada, recordemos que en esa misma época el mariscal Zakharov, jefe del Estado Mayor General y suegro del condenado, fue revocado de su puesto, y que el general Serov, jefe directo de Penkowsky, sufrió una desgracia similar.

¿Qué motivos impulsaban a Penkowsky, a quien esperaba el más brillante porvenir? Tenía un puesto importante y un sueldo elevado. Sin embargo, fue por dinero por lo que traicionó, a fin de poder satisfacer lo que él llamaba sus «vicios». «Tenía la pasión de las mujeres —ha confesado—; bebía, tenía amantes. Todo esto me costaba caro. Así es como me convertí en traidor a mi país».

De uno y otro lado del telón de acero, el dinero «da resultados». Y también el relajamiento de costumbres.

M. I. 5 y M. I. 6

Por otra parte, los Ingleses lo han comprendido y han establecido una réplica de la «escuela rosa». Los diplomáticos británicos que trabajan en la Embajada de Moscú han recibido la orden de «jugar el juego» cuando entran en contacto con agentes masculinos o femeninos de KGB. Deben proporcionar falsos informes a sus seductores e intentar conocer la identidad de los espías rusos que practican estos «trabajos» de características especiales. El servicio de Su Majestad demanda, de este modo, una entrega de sí mismo cada vez mayor.

A pesar de numerosos reveses, los servicios secretos ingleses quedan aún en buen lugar si se les compara con los dos «grandes». No hay en el mundo nada más misterioso que el SR británico. Nadie, aparte dos o tres personalidades a la cabeza del país, conoce el nombre de su jefe. La prensa ha insinuado algunos nombres, entre ellos el de sir Norman Brook, al que habría sucedido, recientemente, sir Burke Trend. Otros consideran que la dirección está en manos de un «colegio».

De hecho, reina el misterio y todo se complica en cuanto se aborda esa orilla brumosa del poder británico. Según lo que se sabe, dos servicios se reparten la trama del espionaje.

El M. I. 5, llamado también «The security services», es una autoridad oficial, y es mencionado en la prensa con frecuencia. Sus problemas son la defensa y el contraespionaje. A la cabeza de este organismo se encuentra un director general, cuyo nombre se conserva igualmente secreto. Es responsable ante el ministro del Interior, pero tiene el derecho y el poder de someter al Primer Ministro los asuntos importantes.

Por el contrario, el M. I. 6 no existe oficialmente, aunque los ini-

ciados sepan que se trata de un servicio muy real, con un personal repartido en el mundo entero y un presupuesto importante, aunque no comparable a los de la CIA americana o el KGB soviético.

M. I. 5 y M. I. 6 dominan el Servicio de Informaciones Militares que, como en los demás países, está dividido en tres partes (Ejército de Tierra, Marina y Aviación). Cada uno tiene una sección activa y una sección pasiva, un servicio de información y un servicio de defensa, para detectar cualquier escape.

Scotland Yard, por su parte, es el arma del contraespionaje, lo mismo que el F.B.I. en los Estados Unidos. Esta autoridad especial debe ocuparse al mismo tiempo de los delitos de derecho común, como el F.B.I., y existe una rama para los contactos con el M. I. 5. Este departamento, en cooperación con la división de investigaciones criminales, ha sido muy activo, especialmente en el caso de los asuntos Profumo, Blake, Vassal, etc., etc.

EL SDECE Y LA DST

En Francia, el sistema no es muy diferente. El organismo puramente SR es el SDECE (Servicio de Docu-

mentación Exterior y Contraespionaje), que depende directamente de la Presidencia del Consejo.

En sus orígenes, en Londres, durante la guerra, el SDECE se llamaba BCRA. Desde hace poco, el general de aviación Jacquier preside los destinos del SDECE, que en el argot del oficio es llamado «la piscina», y que tiene su sede en el cuartel Mortier.

Trabaja en relación con los servicios de información o de seguridad de los diferentes ministerios, ya que Francia es muy rica en servicios informativos: el «2.º Bureau», los servicios de seguridad Aire-Mar-Tierra, el servicio de seguridad del Quai d'Orsay, el de la Comisaría de Energía Atómica, etc., etc... En principio, su tarea es la información y el contraespionaje fuera de las fronteras nacionales.

La DST, por el contrario, se ocupa de todos los asuntos de seguridad en el interior de las fronteras. Dispone, a estos efectos, de alrededor de 1.200 funcionarios, entre ellos 700 cargos importantes en activo, y de 4.000.000 de expedientes individuales, 10.000.000 de fichas y los medios de detectar las emisiones clandestinas.

El contraespionaje anticomunista es su preocupación principal. Aun-

que sus resultados más importantes sigan manteniéndose en secreto, se sabe que de 1947 a 1961 ha llevado ante la justicia a 413 personas, provocando más de 1.200 expulsiones, ha hecho repatriar a setenta y cinco diplomáticos, rechazado a 2.500 personas a su entrada en Francia, obtenido la privación de la nacionalidad francesa para treinta personas, disuelto 140 asociaciones y prohibido 120 periódicos.

Además, como cada arma —Tierra, Mar y Aire— posee su «2.º Bureau» particular, las interferencias de estos servicios han motivado la creación de un Estado Mayor combinado: la oficina técnica de enlace y coordinación, que coopera con la DST.

Lógicamente, un asunto como el de Georges Pâques —al que nos referimos en capítulo anterior— depende exclusivamente de la DST. Y ésta es, en efecto, quien procedió a su arresto.

Pero, sin embargo, las cosas son un poco más complicadas que todo esto. De hecho, existe una tenaz rivalidad entre la SDECE y la DST, y no es raro que el primero se meta en los dominios de la segunda.

Ello, por una razón muy simple: los policías de la **SIGUE**



Este era el «equipo» del espía americano Slavnov, cuando los soviéticos le detuvieron, en la frontera entre la U. R. S. S. y el Irán.



El general de aviación Jacquier, es el director del SDECE, Servicio francés de Documentación Exterior y Espionaje, organismo que depende directamente de la Presidencia del Consejo.



En el año 1962, la policía egipcia detiene a cuatro diplomáticos franceses bajo acusación de espionaje y complot contra el Presidente de la RAU. En la foto, un momento de la sesión de apertura del juicio.

DST son funcionarios constreñidos a trabajar dentro de las más estrictas reglas. Sus movimientos pueden, a veces, ser estorbados.

MÉTODOS NO SIEMPRE ORTODOXOS

Los agentes del SDECE tienen libertad; por el contrario, para utilizar los medios menos ortodoxos. Y el precio de esta libertad es que, cuando se «quemán» o se meten en malos pasos respecto a la ley, se les abandona a su suerte.

Esta libertad de maniobra permite al SDECE actuar en asuntos que, en principio, no son de su incumbencia, es decir, cuando se desarrollan en el interior de las fronteras nacionales.

Ese es el trabajo de un misterioso Servicio que lleva el número 23. Nadie sabe quién es el jefe de este Servicio, pero es posible que se trate de un oficial superior, perteneciente a una de las tres armas y, naturalmente, en la reserva.

El «Servicio 23» está dividido en secciones geográficas, que trabajan sobre uno o varios países determinados, en relación estrecha con el servicio de información correspondiente. Sus actividades son numerosas: puede tratarse tanto de la protección de los agentes franceses como de la vigilancia de los extranjeros y de la «intoxicación» de las Embajadas. Posee su propio servicio de cifra —en un fuerte situado no lejos del Bosque de Bolonia— que descifra millares de mensajes.

Cuando recaen sospechas sobre un espía, el «Servicio 23» puede intervenir a su manera, es decir, siguiendo los métodos que le parecen más eficaces, aunque no sean necesariamente ortodoxos. Cuando el asunto está maduro, la DST puede intervenir y operar a la luz del día.

Pero, naturalmente, hay centenares de asuntos que la DST sigue de cabo a rabo y resuelve por sí sola. En el transcurso de los últimos veinte meses ha detenido a doce personas —checos, polacos y rumanos— acusados de espionaje. Su papel fue igualmente primordial en la lucha contra el FLN y luego contra la OAS. La detención de Georges Pâques parece ser un «asunto de la casa», pero nadie sabrá nunca si el «Servicio 23» ha actuado en la sombra.

LA PRISION NO LES ASUSTA

En Alemania, el Servicio de Información del general Gehlen —agregado directamente a la Cancillería y que opera bajo control aliado— ha tomado la sucesión de los múltiples organismos del III Reich —Gestapo, Abwehr, S. S. de Dietrich, contraespionaje del almirante Canaris, etc.) que mantenían una guerra sin cuartel entre



Los espías soviéticos Clemens y Felfe, sentenciados a varios años de cárcel por el tribunal alemán de Carlsruhe, tratan de ocultar su rostro a los fotógrafos.

SOLO TRES PERSONALIDADES CONOCEN LA IDENTIDAD DEL JEFE DEL SERVICIO SECRETO BRITANICO

si, de las que los aliados se beneficiaron.

Hoy, los agentes del general Gehlen, que debe tomar próximamente el retiro, tienen por misión principal el detectar el espionaje soviético. Y tienen mucho que hacer, ya que se estima muy elevado el número de espías. Se operan detenciones de modo continuo: Otto John, agente doble; Alfred Frazel, diputado socialista; Erich Helbig, consejero del Gobierno; Kurt Split, encargado por los alemanes del Este de tomar contacto con el ex comandante Remer, que en julio de 1944 había neutralizado el «pustch» contra Hitler; Skorzeny, ex oficial de paracaidistas que liberó a Mussolini ante las propias narices de los partisanos... ¿Por qué extraño motivo los dirigentes de Pankow querían localizar a Remer y Skorzeny? Aún no se ha dado a esto ninguna respuesta.

Más recientemente, Alemania Occidental, y después Inglaterra, Suecia y Francia, conocían un gran caso de alta traición. En julio de 1963 comparecía ante el tribunal de Carlsruhe el agente doble Heinz Felfe, de 45 años, que ocupaba desde 1951 un cargo importante en los servicios del general Gehlen. Felfe había comenzado como capitán de las S. S. en los servicios de contraespionaje del Reich hitleriano. Por odio a los anglosa-

jones aceptó trabajar para los soviéticos. Había sido adoctrinado a estos efectos por su amigo Clemens, reclutado a su vez por su propia esposa al servicio de los rusos desde hacía largos años.

Clemens, antiguo dignatario nazi, es todavía conocido en Italia por el sobrenombre de «Tigre de Como», que se ganó por su dureza y sus órdenes de ejecución de rehenes. Traicionó a su país para vengarse de los aliados. Su resentimiento remontaba a aquella noche del 14 de febrero de 1945 en que Dresde fue arrasado por la RAF y la US Air Force. Clemens, en su juicio, hizo algunas precisiones relativas a su estado de ánimo. Habiéndole preguntado el juez si era exacto que había sido miembro de la «vieja guardia» nazi, replicó: «Puede decirse que todavía lo soy». Lo que no fue óbice para que colaborara con los soviéticos, cuyo aniquilamiento debía, según sus propias declaraciones, desear tanto, en el tiempo del poder total de la Alemania hitleriana.

A través de Felfe transmitió a Berlín-Este los procesos verbales de interrogatorio de más de 20.000 policías populares que habían pasado a la otra zona. Casi no le costó trabajo. Felfe era el funcionario encargado de recibir a los fugitivos en el campo de tránsito de Giessen,

por cuenta del Ministerio Federal de Asuntos Alemanes...

Por otra parte, Felfe fue aún más lejos. Proporcionó a los rusos informaciones de gran valor sobre las redes del general Gehlen y sobre los planes de la NATO. Dio los nombres de varios agentes federales que trabajaban al otro lado del «telón de acero». Como precio por sus servicios —el aspecto monetario nunca es olvidado— Felfe recibió 25.000.000 de francos, una suma apreciable y raramente igualada, si no es por el coronel Wenerstroem.

Concienzudo hasta el final, Felfe siguió en sus actividades una vez detenido. En la prisión de Carlsruhe descubrió que la dirección del presidio empleaba a los presos en seleccionar, meter en sobres y enviar a los suscriptores ciertos semanarios ilustrados. Aprovechando que disfrutaba de cierta libertad de movimientos, logró sobornar a dos de sus subordinados, que accedieron a introducir entre las hojas de algunos ejemplares mensajes personales para los corresponsales del espía. Felfe «trabajó» así durante más de un año, hasta el día en que la maniobra fue descubierta y se informó de ello al juez de instrucción. Por fin, fue condenado a quince años de prisión.

Otro alemán debía conocer un destino menos clemente, pero ju-

tísimo, después de haber sido perseguido durante más de quince años por los agentes de un pueblo al que se había propuesto suprimir de Europa; se trata de Adolf Eichman.

A LA CAZA DE EICHMAN

Es una de las historias más fantásticas de la posguerra. Una de las tareas de los servicios secretos israelitas era y sigue siendo el encontrar a los criminales de guerra nazis que todavía se esconden por el mundo. Incluso antes de que el Estado de Israel existiera jurídicamente, unos hombres trabajaban ya metódicamente con este propósito.

Uno de ellos —cuenta Moshe Pearlman en «La gran caza»— se llamaba Arthur Pier. Había sido enviado a Austria por Ben Gurion con una doble misión: repatriar a Palestina —a pesar del bloqueo inglés— al mayor número posible de supervivientes judíos, y descubrir cualquier rastro que pudiera conducir hasta Adolf Eichman, el celoso ejecutor de la «solución final», el abastecedor de los campos de la muerte.

En mayo de 1945, el que pretendía «poder morir con la sonrisa en los labios pensando en los cinco millones de judíos **SIGUE**



Un aspecto del completísimo servicio de archivo que posee la Interpol.

exterminados gracias a él», desaparecía. Teniente coronel de las S. S., sus poderes sobrepasaban los de muchos mariscales. Nunca se pudo encontrar una foto suya. Discreto por precaución, era prácticamente desconocido.

A fines de 1945, los grandes procesos de Nuremberg revelaron al mundo entero el nombre de Eichman, uno de los principales artífices de un crimen nuevo: el genocidio, la matanza de una raza entera. Pero no pudo obtenerse ningún detalle preciso, que permitiera saber algo concreto sobre lo que había sido de él.

Arthur Pier, que colaboraba con los aliados, interrogó a docenas de nazis prisioneros. Ningún resultado. En 1956 —primer eslabón— un ex S. S. le habló de un tal Weisel, colaborador permanente de Eichman. Se enviaron avisos a todos los campos de prisioneros reclamando a aquel hombre. Pasaron meses sin ninguna novedad.

Un día, por un azar de la administración, un detenido llamado Weisel fue señalado en la prisión central de Viena. Arthur Pier fue a verlo. Era el que buscaba. Conoció a Eichman desde 1938. Dio el nombre de una antigua amante del oficial S. S.: María Masenbacher, propietaria de una empresa de cartones de embalaje en Doppel, Austria.

Arthur Pier encargó a un joven refugiado, Marcus Diamant, guapo, rubio, y que podía pasar perfectamente por un tirolés, de encontrar-

se con aquella mujer y ganarse su amistad. Diamant, después de varias semanas de investigación discreta en Doppel, supo que María Masenbacher habitaba en ese momento en la ciudad de Urfahr.

Dos días después se presentó en las señas indicadas. Una mujer de unos treinta y cinco años, morena, le abrió la puerta. Era María Masenbacher. Se presentó: era un amigo de Eichman, que le había encomendado objetos de valor, y quería devolverlos a la familia del «muerto», pero no sabía dónde encontrarla. Se había acordado del nombre de María Masenbacher, y, conociendo su domicilio, había venido a ver si podía ayudarla.

Fue recibido con bastante frialdad. Pero insistió. Volvió varias veces, hasta que logró ganarse los favores de la dama. Un día, cuando hojeaba con ella unos álbumes de fotos, apareció, entre primos y tíos, un retrato amarillento que María comentó tristemente: «¿No es cierto que mi Adolf era guapo?». Diamant no dejó traslucir nada. No por ello dejó de alegrarse. La foto era vieja. Databa de 1935. Pero era la primera y la única. Rápidamente fueron tirados miles de ejemplares y enviados a todas las policías de Europa. Unos meses más tarde, Diamant encontró a Linz, el hermano de Eichman, que le hizo saber que la mujer y los hijos del criminal de guerra vivían en Alt Asee, también en Austria.

Diamant fue allí, y como ningu-

na puerta se le cerraba, fue recibido rápidamente como amigo en casa de Verónica Eichman. Pero no pudo sacar nada. Ella estaba persuadida de la muerte de su marido.

A fines de 1947, Arthur Pier y Marcus Diamant abandonaron Viena en dirección a Israel, que estaba a la conquista de su independencia. El expediente Eichman quedó un poco olvidado. Pero no se cerró. En 1952 un agente señaló la partida de la señora Eichman y sus hijos en dirección desconocida. Y vino el silencio, entrecortado por falsas pistas, hasta 1959.

Aquel año, la señora Eichman fue localizada en Buenos Aires, donde vivía casada con un tal Ricardo Klement. Se inició una minuciosa investigación, que duró meses, y que probó que Klement era Eichman. Su captura y su traslado a Israel fueron llevados a cabo inmediatamente por un comando de los servicios especiales israelitas.

EL SHIN BET, UN SERVICIO DONDE TODO EL MUNDO COOPERA

El descubrimiento y el secuestro de Eichman valió a los servicios secretos israelitas un renombre ex-

cepcional. El mundo descubrió de pronto que este país, pequeño por su dimensión, era capaz de rivalizar con los más poderosos SR de los dos campos. Lo debe a una larga tradición de clandestinidad y a una organización sin igual.

La Hagannah, el Irgoun, el grupo Stern —conocido por sus convicciones terroristas— operaban según los medios de todos los revolucionarios perseguidos; secretamente. Les ha quedado, una vez conquistada la independencia, un núcleo perfectamente preparado para la guerra secreta, que tomó el nombre de Shin Bet. Cuatro servicios se articulan actualmente en el marco del Shin Bet: la Oficina de Información del Ejército de defensa de Israel; el Servicio de Seguridad General; el Departamento de la Investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores; el Departamento de Investigaciones especiales de la policía israelita.

Estos diferentes sectores derivan su fuerza de una perfecta homogeneidad en la acción, de una interpretación constante que no deja ningún lugar a esos celos o rivalidades que tanto daño hacen en otros países.

Todos cooperan, pues, a llevar a buen término cuatro tipos de tareas:



Otto Skorzeny, el ex oficial de paracaidistas que liberó a Mussolini, al que el Gobierno de Pankow, por razones desconocidas, quiso localizar.



Israelíes detenidos en Egipto, acusados de realizar espionaje en favor de su país. Fueron juzgados en El Cairo.

LOS CELOS Y LA RIVALIDAD COARTAN LAS ACTIVIDADES DE LOS SERVICIOS DE ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE EN MUCHOS PAISES

- Informaciones y contraespionaje
- acciones especiales (secuestros, atentados)
- detención de los criminales de guerra
- inmigración clandestina.

En el caso de Eichman, la primera vigilancia fue montada por agentes del Departamento de Investigación en Argentina; fueron los de las investigaciones especiales los que llevaron a cabo la que permitió identificar a Eichman sin posibilidad de error; pero los miembros del servicio de Seguridad General efectuaron el secuestro.

Semejante técnica de trabajo requiere una cabeza única. Asegura su existencia el Instituto Central de Información y de Seguridad, cuyo jefe es directamente responsable ante el presidente del Consejo. Este jefe, hasta el verano de 1963, era Issar Halperine. El nombre de su sustituto se mantiene secreto.

CAÑONES FRANCESES DE SOCORRO

Israel debe en gran parte su victoria relámpago en el Sinaí, en 1956, a la eficacia del Shin Bet. Telaviv estaba diariamente al corriente de las concentraciones de tropas egipcias y de sus desplazamientos. Además, perfectamente informado de la capacidad del ma-

terial soviético entregado a las tropas del Presidente Nasser, el Gobierno israelita había hecho montar en sus viejos Sherman piezas de 100 m/m francesas, para las que sólo eran un bocado los T. 34 egipcios, cuyos tubos de 88 tenían un alcance infinitamente menor.

El Shin Bet tiene antenas en el mundo entero; en Suiza, pista giratoria del espionaje; en Alemania, donde El Cairo recluta a sus sabios; en los medios financieros y petrolíferos, entre los hombres de negocios de París y Londres. En el Este, donde cientos de millares de judíos siguen soñando con el viaje a la tierra prometida. En Estados Unidos y en Rusia, cuya ayuda económica y militar viene a reforzar el poderío de Egipto...

Las relaciones con Washington se resentían de ello. En 1954 se decidió una acción especial. Estallaron bombas en la Embajada y en diferentes servicios americanos de El Cairo; el propósito era suscitar diferencias egipcio-americanas. Pero quienes colocaron las bombas fueron detenidos. Algunos confesaron. Varios fueron ahorcados. Lavon, el ministro de Defensa, fue acusado de incuria. Tenía partidarios que le defendían y se debatió furiosamente. Llevado ante la opinión pública, el asunto envenenaría la vida política israelita durante ocho años.

Más cerca de nosotros se sitúa la lucha contra los equipos de ale-

manes pagados por Nasser para montar un arsenal de cohetes.

El antiguo Obersturmfürer Brandner abre el camino montando diez fábricas de aviones a reacción. Siguen Wolfgang Piltz, que ha trabajado doce años en el cohete Verónica, en los laboratorios de Vernon; Paul Goercke, antiguo coronel-ingeniero de la Luftwaffe... Trescientos técnicos les acompañan. El material llega en línea recta desde Stuttgart.

Faltaba un hombre: el que podría dotar a los cohetes de Nasser, no de una bomba atómica, sino de restos radiactivos que, proyectados a buena altura, envenenarían el territorio israelita.

Aquí interviene Otto Jocklick, profesor especialista en radiaciones radiactivas. Se le pidió que proporcionara, «para estudios», cobalto 60. Efectuó varios envíos. Pero, llegado a El Cairo, descubrió el verdadero fin del cobalto entregado, el «proyecto Ibis», del que El Cairo —esto también hay que decirlo— asegura que es producto de la imaginación del Shin Bet.

Mientras tanto, los golpes duros se multiplicaron. Jocklick advirtió a los israelitas. En Basilea intentó, ayudado por un agente del Shin Bet, Ben Gal, hacer presión sobre la hija de Goercke para que convenciera a su padre de que renunciara a trabajar para Nasser. La policía suiza intervino y les detuvo previa denuncia de Goercke.

La sangre corrió. El doctor King, responsable de los abastecimientos

en material, desapareció, sin dejar huellas, en septiembre de 1962; el coche del doctor Kleinwachter, especialista en teledirigismo, fue ametrallado cerca de Stuttgart. La secretaria del doctor Piltz quedó desfigurada por una cara trucada. En una fábrica de cohetes explotó un paquete, matando a ocho personas e hiriendo gravemente a otras nueve.

Los egipcios protestaron contra estos atentados de las «secciones especiales» israelitas. Telaviv negó: se trataba de maniobras para desacreditar y aterrorizar a los sabios alemanes, entre los cuales hay algunos que no son nazis y deseaban parar ese trabajo que les repugnaba.

Sea como sea, una conclusión se impone: el espionaje es más peligroso en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Así es como en el transcurso del último conflicto mundial las pérdidas de los servicios secretos no han sobrepasado el 5 por ciento de los efectivos contratados, mientras desde el fin de las hostilidades sobrepasan el 12 por ciento. La razón de ello es que la mejor protección del espía es el caos que engendra todo conflicto.

F. MUSARD

FIN

(Fotos KEYSTONE y FIEL)

(COPYRIGHT ZARDOYA y TRIUNFO 1964)